

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 258

Que recuerde que Dios es mi objetivo.

Comentario de Sarah:

Hoy damos inicio con varias Lecciones consecutivas que comienzan con “**Que recuerde**”. (L.257-260) Nuestro problema es que olvidamos nuestro verdadero propósito. Hemos olvidado nuestra verdadera identidad y en su lugar hemos elegido nuestra identidad individual, especial y separada. La resistencia a conocer nuestra verdadera identidad aparece a diario, incluso con nuestro compromiso con este camino. Nos olvidamos de nuestra Lección del día. Nos olvidamos de invocar al Espíritu Santo cuando nos vemos tentados por alguna situación o circunstancia a desechar nuestra paz. Nos olvidamos de detenernos en medio del conflicto y pedir ayuda. Nos olvidamos de tomarnos el tiempo para pedir y escuchar la guía interior, y en su lugar, escuchamos las demandas del ego.

¿Cuántas veces nos levantamos por la mañana y nos olvidamos de fijar nuestro objetivo para el día o nos acostamos por la noche y nos distraemos con la televisión, una novela o la radio? O tal vez, no podemos dormir porque nos centramos obsesivamente en los pensamientos perturbadores de nuestro día y elaboramos una estrategia de respuesta; o puede que estemos tratando de resolver algún problema que hemos encontrado durante el día. Por eso se nos recuerda que debemos abrirnos diariamente a la verdad por la mañana y entregar nuestros pensamientos al Espíritu Santo antes de irnos a dormir. Así nos aseguramos de que nuestros días, al igual que nuestras noches, se centren en la paz. Somos nosotros los que hemos elegido olvidar, y ahora, somos nosotros los que podemos elegir devolver nuestras mentes a la verdad.

Esto no significa que no hagamos nada en el mundo. No se trata de lo que hacemos, sino de no hacer del cuerpo el centro de nuestro hacer. “**¿Qué planes haces que de algún modo no sean para su comodidad, protección o disfrute?**” (T.18.VII.1.2) (ACIM OE T.18.VIII.63) Mucho de lo que hacemos se centra en el cuerpo, pero no se trata tanto de lo que hacemos, sino de la mentalidad que adoptamos en nuestras ocupaciones. “**Este tranquilo centro, en el que no haces nada, permanecerá contigo, brindándote descanso en medio del ajetreo de cualquier actividad a la que se te envíe.**” (T.18.VII.8.3) (ACIM OE T.18.VIII.70) ¿De quién es la guía que seguimos en nuestras ocupaciones, la del ego o la del Espíritu Santo? Jesús nos dice que las tácticas de distracción del ego tienen el propósito de mantenernos “**ocupados con asuntos marginales.**” (T.4.V.6.4) (ACIM OE T.4.VI.75) Continúa diciendo: “**La tendencia típica del ego de estar continuamente ocupado con nimiedades tiene como objeto apoyar ese propósito.**” (T.4.V.6.5) (ACIM OE T.4.VI.75) Así, dice que deberíamos preguntarnos: “**¿Para qué es?**” (T.4.V.6.7) (ACIM OE T.4.VI.77) en todo lo que hacemos. “**Sea cual fuere, dirigirá tus esfuerzos automáticamente. Cuando tomas una decisión con respecto a un propósito, tomas una decisión con respecto a los esfuerzos que vas a llevar a cabo en el futuro. Y**

esta decisión permanecerá en vigor a menos que cambies de parecer.” (T.4.V.6.10-11)
(ACIM OE T.4.VI.78)

Vigilar nuestra mente y mantenernos centrados en nuestro objetivo requiere una enorme disciplina y una vigilancia constante. Sí, en este mundo, obtenemos una emoción temporal al lograr algo que nos hemos propuesto; pero cuando la emoción se va, y siempre se va, sentimos la necesidad de seguir esforzándonos por más hasta que llega el día en que nos hacemos las preguntas más profundas: "¿Para qué sirve todo esto? ¿Acaso lo que persigo me aporta felicidad, paz y satisfacción duraderas?"

La gracia de Dios resplandece sobre nosotros todo el tiempo, pero mientras nuestra atención se centra en nuestras metas vacías e inútiles, toda Su gracia queda oscurecida a nuestra conciencia. A lo que creemos que es valioso en este mundo, Jesús se refiere como **“los juguetes y baratijas del mundo”**. (L.258.1.3) Nos centramos en las compras, las carreras, las relaciones especiales, los juegos de azar, el entretenimiento, el poder, el prestigio, la atención, las vacaciones y todo tipo de cosas que pensamos que necesitamos y que creemos que nos harán felices. No, no son intrínsecamente malas, y no tenemos que descartarlas cuando todavía estamos apegados a ellas, creyendo que tienen algo valioso que aportar. Es que eventualmente llegamos a reconocer que no son la fuente de nuestra felicidad. De hecho, nos alejan de nuestra felicidad porque no nos ofrecen nada. Tener este pensamiento en mente es útil porque entonces el apego a estas cosas disminuye considerablemente y acaba por desaparecer.

El problema es que no pedimos mucho a nuestras vidas. Pedimos demasiado poco. Pensamos que lo poco por lo que nos esforzamos será la respuesta a nuestra soledad, pero Jesús nos insta a ver que la respuesta nunca se encontrará buscando metas inútiles. No traerán la paz profunda, la abundancia y la alegría que sólo pueden venir de entrar en contacto con el Amor de Dios. Su Amor ya está ahí, en nuestras mentes, esperando entregar los regalos que anhelamos. Somos nosotros los que los oscurecemos. No es Dios quien permanece en la oscuridad. Nosotros hemos elegido olvidarlo, y luego proyectamos este olvido en Dios y decimos que Él nos ha olvidado. "¿Dónde estás, Dios, cuando te necesito?", clamamos lastimosamente. Sin embargo, ¡Él está ahí en nuestras mentes! **“Él te habla desde un lugar que se encuentra más cerca de ti que tu propio corazón. Su Voz está más cerca de ti que tu propia mano. Su Amor es todo lo que eres y todo lo que Él es; Su Amor es lo mismo que tú eres y tú eres lo mismo que Él es.”** (L.125.7.3)

No necesitamos esforzarnos por Dios ni buscarlo. Si no experimentamos Su amor, paz y alegría en nuestras vidas, los estamos bloqueando. ¿Y cómo lo hacemos? Los bloqueamos persiguiendo otras metas en las que creemos que residen nuestra paz, felicidad y alegría. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando conseguimos la chica o el galán, el coche nuevo, el dinero, la casa nueva, el mueble nuevo, el reconocimiento o el poder? Todo es muy efímero. No nos satisface de manera profunda. Seguimos buscando más y más. ¿Puede una baratija satisfacer alguna vez? ¿Hay algo que podamos desear más que conocer la verdad sobre nosotros mismos? Evidentemente, pensamos que hay algo mejor o nuestras metas no serían tan conflictivas. Estas metas bloquean nuestra conciencia del amor siempre presente de Dios por nosotros. No hay nada por lo que luchar. Llevamos la conciencia de Dios con nosotros todo el tiempo. Sin embargo, no lo sabemos, mientras, encontramos otros objetivos más atractivos y ponemos toda nuestra atención en ellos.

Cuando entramos en el camino espiritual, además de perseguir algunos objetivos del mundo, incluimos también nuestros objetivos espirituales. ¿Qué ocurre ahora? Evidentemente, el estado conflictivo de nuestra mente ha aumentado. Ya no tenemos un enfoque claro en una dirección. A veces

somos amorosos y otras veces atacamos. Intentamos encontrar alguna forma de conciliar estos objetivos opuestos. En última instancia, debemos llegar al lugar en el que ponemos nuestra atención en lo que es verdaderamente importante, y a medida que lo hagamos, nos sentiremos menos conflictivos. Está claro que no podemos volver a ponernos totalmente del lado de nuestras ambiciones mundanas una vez que hayamos respondido a la llamada del Espíritu. Por lo tanto, la única manera de salir de este conflicto es abrazar más plenamente nuestros objetivos espirituales. De esto trata la Lección. Esto es lo que estamos llamados a hacer. No podemos continuar llegando a un acuerdo con ambos mundos, ya que esto continuará poniéndonos en un estado de conflicto significativo.

Nuestro camino es el del perdón. “**Padre, el perdón es Tu medio elegido para nuestra salvación**”. (L.257.2.1) Por lo tanto, cuando tomamos conciencia de nuestros pensamientos que no perdonan y elegimos liberarlos, nuestra voluntad se alinea con la verdad de nuestro Ser.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca